

## XXXV Festival Internacional de Santander

Al cumplirse el periplo de las siempre fugaces vacaciones de verano, cada uno de nosotros vuelve «a donde solía» con el ánimo un tanto recuperado y una serie de imágenes —preferiblemente gratas— de tales vacaciones. El día en que eso no ocurra será o porque no tenemos vacaciones o porque ya no nos hacen falta. El verano es tiempo de festivales de música en el más amplio sentido de la palabra y cada uno elige el que puede o el que más le conviene. Dejando a un lado el Festival de Música de Granada, cruelmente golpeado este año por el incendio del Auditorio Manuel de Falla, nos referiremos al Festival Internacional de Santander, que cumplía sus treinta y cinco años de andadura, y al que siempre acuden personas de la ciudad y provincia de León.

Angel Barja

Se inició el 27 de julio con un programa de danza norteamericana contemporánea, «The Paul Taylor Dance Company», que actuó también el 28. Siguió otras dos jornadas de danza, esta vez a cargo del Ballet Nacional de España, con la particularidad de tener una orquesta en directo, la Sinfónica de Madrid, en lugar de las acostumbradas grabaciones.

El Festival fue entrando día a día en harina, sonando cada tarde en los pueblos más alejados de Cantabria —además de su diaria presencia en la Plaza Porticada—; el público también fue siendo cada vez más numeroso,

hasta llegar al completo de las tres mil personas bajo los grandes toldos. En la programación del Festival Internacional de Santander se cubrió el abanico de casi todas las manifestaciones artísticas, desde la danza al jazz o la canción moderna hasta los más sublimes momentos de la música de cámara o sinfónica.

Por primera vez después de 35 años, se interpretaron las nueve Sinfonías de Beethoven, repitiendo la hazaña que entonces realizara Aulfo Argenta y la Orquesta Nacional, esta vez cumplida por Miguel Angel Gómez Martínez y la Orquesta de la RTVE. El festival tuvo puntos culminantes, días en que se colocó en taquilla el cartel de «no hay entradas»; entre ellos poder

mos citar los conciertos de la Orquesta Sinfónica de Londres, con Lorin Maazel como director,

que interpretó a Tchaikowski, Schubert y Mahler; la Orquesta Sinfónica NDR de Hamburgo,



La programación del Festival Internacional de Santander se cubrió el abanico de casi todas las manifestaciones artísticas, desde la danza al jazz o la canción moderna hasta los más sublimes momentos de la música de cámara o sinfónica.

dirigida por Rafael Frühbeck de Burgos, que interpretó el Requiem de Verdi y la Sinfonía octava («De los mil») de Gustav Mahler, con el Orfeón Donostiarra y otros Coros y Escolanías: Un gran número de intérpretes para la Sinfonía de Mahler que, en su día, fue estrenada por 1.030 intérpretes.

festival 64 solistas, 25 orquestas, 40 compañías de teatro, 68 grupos de ballet, 28 directores de orquesta, 8 grupos de ópera y zarzuela, 35 grupos de cámara y 17 de jazz.

Todo esto no hubiera sido posible si la capital cántabra no tuviera —como tiene— una gran capacidad de acogida, no sólo del público, sino más aún de los propios artistas. Si detrás de todo ello no hubiera un nutrido número de profesionales que dedican todo el año a la preparación detallada del festival, bajo las órdenes —desde 1980— de José Luis Ocejo, que es también director del Festival de Otoño, de Madrid.

Al margen incluso de la misma programación, quizá lo más característico del Festival de Santander sea la magia que emana del recinto ya entrañable de la Plaza Porticada, repleta casi siempre de un público atardecido y no gremial, que sabe calibrar perfectamente lo que ocurre delante de sus ojos y de sus oídos. Magia que ojalá no se pierda cuando entre en servicio el proyectado, y virtualmente iniciado, Palacio de Festivales. ¡Ad muchos años!

### ACTOS DIVERSOS

Es imposible enumerar los más de setenta actos diversos que integraron el festival, aunque podemos citar todavía el Ballet de Tokio y el de la Ópera de Kiev, el Cuarteto Melos, el Trío de Viena, los Madrigalistas de Praga. Un elenco larguísimo de grupos artísticos y artistas individuales que llevaron el festival a buen puerto en una ciudad, como Santander, donde la música es atractivo esencial en los meses de estío.

El hecho de cumplirse los 35 años del Festival sirvió, de alguna forma, para contemplar la perspectiva de sus realizaciones anteriores, que figuraban en síntesis en el libro de programas. En estos años —sin contar el presente— han pasado por el

### RELATOS Diario de León (20)

## Melodía en clave de dos

Ramiro Marín González

«Bésame, bésame mucho... como si fuera esta noche la última vez. Bésame, bésame mucho... que tengo miedo a perderte, perderte otra vez».

Ojalá fuera de verdad la última vez que me veo en vuestras caras. Ojalá fuera ésta la última noche que alimento las bocas de esparto —apestando a alcohol—, las manos-garras de halcón enfermizo. Siempre la sonrisa de plástico en los labios. También la tuya, sí. Te ocultas en la penumbra del rincón más alejado para escudriñar mejor, para fantasear impúdico con un deseo de buitre. ¿Pero qué crees que soy? Me da asco sonreiros. Tendríais que saberlo.

«Quiero tenerte muy cerca, cogerte en mis brazos, sentir tu calor...»

Un calor delicado, tierno; y no este sofoco de tabaco rancio que me da náuseas y me hace toser como una loca. Siempre moviendo el culito y las tetas, mientras os crecen los dientes. ¿Cuándo me mirareis a los ojos? Tampoco tú te asomas a ellos. Permaneces silencioso en ese rincón de soledad atrincherada. Sin embargo, te permites el lujo de juzgarme. Porque sé que estás juzgándome continuamente, que interpretas cada uno de mis gestos.

«Bésame, bésame mucho... como si fuera esta noche la última vez».

Pues también yo os juzgo a vosotros. Yo me río del beso que dareis mañana a vuestros hijos, con la resaca pegada a las costillas. Yo me río de la aparente indulgencia, de la cotidiana satisfacción. A mí, ¿quién me besa de verdad?; a mí, ¿quién me pone el amor en los labios? Nadie se detiene en mi piel, nadie se para a besar mi frente.

Recuerdo cuando Jaime me besaba en la mejilla, con la boca pegajosa y sabor a chicle. Y yo me sonrojaba, o simulaba ponerme furiosa. Por las noches abrazaba la almohada, diciendo «Jaime» en voz bajita. Al día siguiente salía corriendo de la escuela y bajaba al soto, donde los chavales jugaban a la guerra, y entraba en sus batallas con cualquier pretexto, y me hacía

prisionera suya o enfermera de urgencia, y le curaba las heridas más profundas. Yo decía, con un tono de fresca malicia: «Esta vez no sé si podré salvarte; la herida es muy grave». Y Jaime, hablando a golpes, como si realmente el dolor le impidiera hablar bien, frunciendo el ceño, respondía: «Si me curas te doy un beso, y después me caso contigo». Y yo me remangaba afanosa, hacía de mis dedos unas pinzas, urgaba durante unos minutos en su costado y concluía solemnemente: «Ya estás curado. ¿Cuándo nos casamos?». Jaime se incorporaba y me daba un beso con aires de compromiso. Después, corriendo en dirección a la batalla-ensueño, volvía levemente su cabeza y gritaba desde la distancia: «El sábado, ¿eh?, el sábado: cuando vuelva de la guerra».

Todos los sábados había una tregua, para que se celebrasen las bodas y los soldados estuviesen con sus mujeres. Yo me casaba con Jaime. Una vez concluida la ceremonia buscábamos la hierba alta de algún prado que nos aislase del resto del mundo.

Uno de aquellos sábados Jaime se mostró más ceremonioso que nunca durante la boda. Cuando Quique, que siempre era el cura, pronunció lentamente: «Yo os declaro marido y mujer», Jaime, sin esperar más, me dio el más tierno de sus besos. Luego, una vez solos, me dijo secamente, la vista hundida en la hierba: «El lunes nos vamos a Santander. Han trasladado a mi padre. A lo mejor venimos cuando las vacaciones». No pude seguir escuchando. De ninguna forma quería que me viese llorar; no le gustaba. Así que me alejé corriendo, apenas respirando. Nunca volvimos a vernos. Nadie ha vuelto a besarme como Jaime.

«Bésame, bésame mucho... que tengo miedo a perderte, perderte otra vez».

Ahora ya nada me da miedo —tantas son las cosas que me han aterrorizado—. Todos estos espectros sudorosos, su risa fámélica, infernal, ya no me asustan; sencillamente —tristemente— me dan asco.

Cuando Sandra se me acercó, en aquella estación, y me ofreció su bocadillo, sí que temblaba yo de frío. Aquella soledad era insoportable. ¿Quién iba a decirme que llegaría a aceptarla con tal resignación!

Sandra no debió hablarme de esto. Pero, qué sabía ella también... Bonito gesto fue ya el darme su bocadillo, lo único que tenía. Probablemente nos unía una fuerza misteriosa, o nuestros ojos hablaban con el mismo lenguaje, o acababan de llorar de igual manera. Era buena chica Sandra. Sin ella hubiera sido quizá peor. Cuando compartes el dolor con alguien sufres un poco menos. Ahí sí que se le torcieron los renglones a Dios.

Desde que te quitaras la vida en aquel almacén, Sandra, nadie ha vuelto a llorar conmigo. No es que me sienta culpable, querida Sandra. Yo, tantas veces cobarde, traté de convencerte —sin acabar de creérmelo— de que hay que agarrarse a la vida desesperada, furiosamente. «Antes morir que perder la vida», te decía, ¿recuerdas? No te rías, no. No pienses que me engaño, que me doy lástima. Acepto una realidad hiriente, retorcida, tan enmarañada como aquellos tus cabellos que me hacían tanta gracia. Tus cabellos...

Conozco muy bien el papel que me toca en este melodrama —porque esto, ¿es de risa o de pena?—; pero no es el momento de temblar y arrinconarse. Eso es lo que ellos desean. La autocompasión, la sumisión, la huida, el hundimiento. Y, ¿sabes para qué?, para desprenderse, en lo posible, del insoportable sentimiento de la culpabilidad. Eso les mata con mayor crueldad, si cabe, que lo hiciera contigo, o que lo hubiera podido hacer conmigo. Les aterra llegar a vomitarse algún día ante el espejo. El espejo, Sandra...

«Gracias, muchas gracias. Gracias. Y ahora, tengo el placer de interpretarles otro tema que les hará retroceder también a sus años jóvenes: una canción que, seguramente, bailaron más de una vez con su pareja, bien apretaditos. La reconocerán enseguida. ¡Maestro, musical!...»



## EVEREST: LEE, DIVIERTETE y APRENDE

¿Qué hora es?

¿Qué hora es?

¿Qué hora es?

La Cocina sin mamá

La Cocina sin mamá